

# LA ECOLOGIA OLVIDADA: UNA REFLEXION

*M.Sc. José A. Rueda Q.*

Excatedrático Universidad Nacional

*Licda. Sonia Guardia R.*

Bibliotecóloga Depto. Filosofía

Universidad Nacional



Desde hace ya algunos años, y principalmente en los primeros años de esta última década del Siglo XX, Costa Rica ha dedicado ingentes esfuerzos a la protección de sus recursos naturales. Esta situación se palpa en el gran interés demostrado hacia todos aquellos aspectos que se relacionan en una u otra medida con los factores y elementos ecológicos presentes en nuestro ínfimo territorio. Así, desde aproximadamente inicios de los años setenta, numerosas áreas de protección a la naturaleza surgieron, con los más diversos calificativos: parques nacionales, reservas forestales, áreas de protección de la fauna y la flora, refugios silvestres, etc. Con ellas, y con la finalidad de institucionalizarlas y salvaguardar sus intenciones, numerosos entes gubernamentales y privados han hecho su aparición: Dirección de Parques Nacionales, Dirección General Forestal, ASCONA, Fundación NEOTROPICA, FUNDECOR, etc. Gran parte de la geografía nacional (relativamente hablando) se encuentra así protegida.

Paralelamente, un término se ha puesto de moda no sólo en Costa Rica, sino internacionalmente: ECOLOGIA. Sin embargo, a nuestro concepto, el mismo no ha sido del todo bien utilizado o, en su defecto, no ha cubierto todas las expectativas que él mismo abarca. Ecología no es algo nuevo; es producto del siglo pasado, fruto de los esfuerzos de los naturalistas, Darwin entre éstos. El origen del concepto es atribuido a Haeckel y tiene por raíz el griego "oikos", que significa "casa, ambiente". Originalmente, según Haeckel, la palabra ecología hacía referencia al estudio de la economía de la naturaleza, o sea, una especie de contabilidad de intercambios entre energía, recursos químicos inorgánicos y orgánicos y seres vivientes, en el entender

de varios autores. A partir de 1970, sin embargo, el término es reacuciado con la finalidad de sintetizar el alto nivel de deterioro que el mundo experimenta y hacia esto se enfocan las baterías, ignorando en gran medida el hábitat que el hombre mismo ha construido, su ambiente, sus ciudades o comunidades.

Es precisamente sobre esta última omisión que este pequeño trabajo intenta enfatizar, no con el fin de crear polémica, sino con la intención de llamar la atención hacia otros tipos de problemas ecológicos que afectan a la humanidad.

Cuando se habla de ecología, como es de hecho conocido, se polariza al asunto hacia los elementos florísticos y faunísticos de la naturaleza, es decir, el aspecto físico monopoliza la atención de entes y personas interesadas en la protección del ambiente y en la "herencia natural" que se ha de legar a las poblaciones del futuro, cosa loable, aunque talvez se ignore un tanto el nivel científico-tecnológico inimaginable que esos pobladores de los siglos futuros puedan desarrollar para combatir cualquier tipo de escasez y obstrucción que ponga en peligro su derecho a la vida.

La primera parte de la afirmación anterior -el énfasis en los aspectos naturales- podría sustentarse teóricamente en numerosas definiciones y escritos de eminentes científicos: "Ecología: parte de la biología que estudia la relación de los seres vivos con la naturaleza. Defensa de la naturaleza, protección del medio ambiente" (Pequeño Larousse); "Ecología es la ciencia de las correlaciones entre todos los organismos que conviven en un mismo lugar y de sus adaptaciones a las circunstancias" (E. Haeckel); "La ecología es la ciencia de la relación de los organismos con cuanto les rodea, sean seres animados o no; es la ciencia de la economía doméstica de plantas y animales" (R. Hesse et. al.); etc.

Nótese entonces cómo la máxima creación del universo, el hombre, es relegada a planos inferiores. Se da una máxima preocupación por el agotamiento de los recursos, vistos éstos solamente como naturales, por los problemas que presenta la capa de ozono, por el calentamiento de la Tierra y otros, pero no solo esto es ecología. Ecología, como ya se mencionó, es "el estudio del ambiente" y el ambiente también incluye al hombre con todas sus actividades, capacidades, necesidades y, hasta sus errores. Es, por lo tanto, una ciencia, no un algo concreto confundible con "naturaleza", sino más bien el estudio de esta naturaleza, el estudio de su aprovechamiento racional, pensado, el estudio de los beneficios que ella aporta a la humanidad siempre y cuando sea utilizada con medida, con raciocinio.

En términos generales, y a guisa de contraparte para aquéllos que consideran la importancia de la ecología solo en cuanto a lo que se relaciona con la naturaleza propiamente dicha, podría decirse que existe una única Ecología General y que ésta abarca tres líneas de acción: ecología faunística y ecología folclorística, por un lado (ambas como sinónimo de "naturaleza") y, por otro, la ecología humana, es decir, esa ecología olvidada que da origen y título al presente trabajo, esa ecología que encierra la actividad del hombre en su lucha por la sobrevivencia y en su papel como organismo pensante, en su rol como miembro de una comunidad.

Esto último, la comunidad, señala A. H. Hawley, es el objetivo de la investigación ecológica; de ella se estudian su forma y desarrollo con referencia particular a los factores de subsistencia limitativos del medio. La ecología es, entretanto, el estudio de la morfología de la vida colectiva, tanto en sus aspectos estáticos, como dinámicos, de acuerdo con este mismo autor, quien agrega que la misma (la ecología) pretende identificar la naturaleza de la estructura de la comunidad en general, así como los tipos de comunidades que aparecen en diferentes hábitats y la secuencia concreta del cambio en el proceso de desarrollo de la comunidad.

Dentro de cualquier área geográfica siempre se va a dar todo un sistema de relaciones espaciales y de subsistencia entre sus ocupantes, sean estos animales, vegetales o humanos. Estas áreas geográficas constituyen dichas comunidades; en otras palabras, son los ecosistemas o espacios donde se ha verificado una asociación zonal de especies interactuantes, entre las cuales existen lazos de interrelación mutua y, en muchos casos, estrecha.

Si bien es cierto dentro de cualquier tipo de comunidad (animal, vegetal, humana) puede observarse el mecanismo de la competencia, donde las "especies mayores" o las mejor dotadas son las que obtienen los mejores dividendos, también es importante aceptar la existencia de otras "especies" útiles al equilibrio mismo del sistema; en otras palabras, se da todo un proceso de cooperación competitiva entre los individuos que componen una determinada comunidad, conforme explica en uno de sus artículos J. E. Park. Para este autor, una comunidad presenta tres rasgos esenciales; a saber: una población organizada territorialmente; una población más o menos completamente arraigada al suelo que ocupa, por último, una área donde las unidades individuales que la componen vivan en una relación de mutua interdependencia simbiótica y no social (tal el caso de las comunidades animales y vegetales). Este último elemento -lo social- se torna válido solamente en el caso de los seres humanos y, por lo tanto, sólo es característico de las comunidades humanas.

Aparejado al mecanismo de la competencia, dos principios ecológicos suelen operar con la finalidad de establecer y mantener un orden de comunidad, sea ésta animal, vegetal o humana. Dichos principios son el de dominio y el de sucesión, el primero de éstos diciendo al respecto de las "especies dominantes" y el segundo señalando la descripción y designación de cambios por los que una comunidad biótica atraviesa en su desarrollo. Consecuentemente, al igual que en una comunidad animal o vegetal, tales principios son detectados en las comunidades humanas, de allí las similitudes existentes (en cuanto procesos) y de allí el porqué de la designación como "ecología humana" al estudio de la organización, distribución y sistemas de relaciones de tales comunidades.

Si por un lado se tiene que los problemas que tradicionalmente preocupan a la ecología animal y vegetal son fundamentalmente problemas de población, la sociedad (humana) también es vista como una población asentada y limitada en su hábitat, sostiene Park y, por ello, la "ecología humana", en la medida que tenga por objetivo

un orden social basado en la competencia más que en el consenso, será idéntica, en principio al menos, a la ecología vegetal y animal, agrega tal autor.

Fue alrededor de 1921 cuando se comenzó a hablar de ecología humana para explicar -y más que esto, analizar la problemática de las áreas humanamente pobladas del planeta, principalmente las de mayor concentración poblacional (las ciudades) y, por ende, donde se presentan y llevan a cabo la mayor diversidad de funciones y actividades en general. Dos exponentes y defensores de esta nueva escuela, basada en Chicago, lo fueron el citado J. E. Park y E. Burgess, creadores de esta corriente que tuvo un alto grado de aceptación durante por lo menos tres décadas y que aún hoy día mantiene sus seguidores y una posible vigencia siempre y cuando sea ajustada a los nuevos tiempos y a los cambios operados a raíz del gran desarrollo científico-tecnológico de la segunda mitad del siglo XX y lo que se espera por venir en la centuria siguiente.

La ciudad, vista como el desarrollo más avanzado de la comunidad humana, presenta, al igual que cualquier otro hábitat (vegetal o animal), una serie de procesos ecológicos que son los que le permiten, dentro de tanto cambio que con el tiempo experimentan, mantener un cierto equilibrio. No solo presentan estas verdaderas "selvas de concreto" grandes contingentes de población (altas densidades demográficas residiendo sobre relativamente pequeñas áreas geográficas), sino también grandes necesidades y problemas generados por el mismo uso intensivo del suelo citadino, carente casi siempre de cualquier tipo de planificación.

Debe recordarse también que estas áreas pobladas ejercen el papel de atractoras y al mismo tiempo expulsoras (o por lo menos repulsoras o repartidoras) de población, funciones y actividades, donde actúan consecuentemente toda una amplia gama de fuerzas centrípetas, tanto cuanto centrífugas, que inciden en todas las áreas que las conforman y, más aún sobre amplias zonas de influencia denominadas "hinterland", ubicadas a su alrededor y dependientes de la "ciudad central". El mismo "campo", localizado dentro de ese hinterland, es el abastecedor de productos (materia prima, alimentos) para la ciudad, la cual devuelve a sus pobladores, en general, mucha de esta producción en forma de bienes terminados o finales, entre otras cosas.

Así como el mecanismo de la competencia se da en las comunidades vegetales y animales, así se da también en las ciudades. En la fuerte lucha por la existencia, aquellas actividades que más pueden (las de mayor capacidad de pago por el pedazo de tierra que ocupen) son las que se van a localizar en las áreas más accesibles y valorizadas de las ciudades, dando margen así a toda una estratificación del territorio y en la opinión de H. W. Zorbaugh, a la formación de "áreas naturales dentro de la ciudad". Obviamente, al factor antes mencionado (capacidad de pago) cabría añadir otros elementos: movilidad, accesibilidad, mínimos y máximos de población, especialización, concentración, centralización de actividades, etc.

Es entonces en este sentido que autores como los ya citados (Park y Zorbaugh,

entre otros), así como R. D. McKenzie, han parodiado la teoría ecológica resultante de las inquietudes de los grandes naturalistas de fines del siglo anterior (Darwin y Haeckel, principalmente) y la han empatao a la problemática que las comunidades humanas presenta y que requiere de urgentes soluciones.

No se trata solamente de los problemas de la congestión del tránsito y la polución causada por la actividad secundaria de la economía; se trata también del problema de la altísima concentración poblacional en las ciudades (sobretudo en las principales), con todas las consecuencias que ello implica: déficit de vivienda, índices crecientes de delincuencia y prostitución, creación de anillos y áreas de miseria (tugurios), peligroso aumento de la drogadicción, ausencia o escasez de áreas verdes para uso recreacional, ocio y esparcimiento en general, etc. Esto es, también, asunto y materia de la ciencia ecológica.

Esta es, en sí, esta tercera ecología olvidada o por lo menos relegada a planos inferiores: la ecología humana. Ella merece también nuestra atención, máxime que es en sus "áreas de estudio" donde la mayor parte de la población vivimos; es decir, son las comunidades humanas, el ecúmene, donde se concentra la mayor actividad del hombre, comenzando por el hombre mismo. No es la ecología lo que debemos proteger, es la naturaleza con todos sus recursos (físicos), las comunidades, tanto vegetales como animales y, principalmente, las humanas. La ecología es, digámoslo así, el medio e instrumento para lograr el ansiado equilibrio natural y social que esta renovada ciencia invoca.

